

## Sobre el placer por la lectura

*Dos Lecciones*<sup>1</sup>, por Felipe Garrido.



I. A veces he dicho que esto que voy a relatar sucedía todos los días. En este momento me parece exagerado. Ahora creo que más bien era en algunas ocasiones; los lunes, de seguro. Lo importante es que en mi memoria pueda cobrar tanta importancia como para pensar que era cotidiano. El caso es que el Señor Ruanocuajo trascendía ese día a loción y vaselina más que de costumbre, se colocaba de pie detrás del escritorio, aclaraba la garganta y nos pedía que sacáramos del pupitre tal o cual libro, lo abriéramos en la página zutana y copiáramos la lección que comenzaba allí. Cuarenta y tantos pupitres se abrían a la vez, aparecían cuadernos y libros, cuarenta y tantas cabezas se inclinaban disciplinadas y unos segundos después se escuchaba en el salón sólo el rasgar de los lápices en el papel.

Con grave riesgo de su tranquilidad y su promedio, a veces alguien se atrevía a alzar la vista para ver en qué ocupaba ese tiempo el profesor. En tales circunstancias, veía a Ruano sacar de bajo el sobaco izquierdo un ejemplar del *Esto*, extenderlo en el escrito y embeberse con fruición en la lectura de hazañas deportivas y taurinas de fin de semana. (Debo reconocer, en un parte, que el mayor favor que Ruano podía otorgar a uno de sus alumnos era prestarle durante el recreo, algunas raras veces que andaba de buenas, su ejemplar del periódico.) No recuerdo absolutamente nada que Ruano me haya enseñado, excepto a leer el *Esto*; pero estoy seguro de que eso lo hizo muy bien con la mayor parte de sus alumnos, y a veces me permito tenerle cierta gratitud por ese beneficio que seguramente él nunca se propuso darnos.

Bajo la regadera, cuando pienso en estas cosas, confirmo la fuerza avasalladora de la imitación, del ejemplo, y me pregunto si yo he sido capaz de aprovechar la estrategia pedagógica de Ruano, aunque sea a favor de textos que el *Esto* jamás recogería en sus páginas

II. Unos años después, seguramente ya en secundaria, en el mismo edificio de la calle de Amores, hubo otro maestro, de geografía, que clase tras clase nos engañaba con el mismo truco. Llegaba al salón con un texto diverso que, según decía, había encontrado por casualidad en el camión, en el patio, en la biblioteca de la escuela. Alberto Godínez alzaba sobre la tarima su pequeña humanidad —en ese momento ya casi todos los del grupo eran más altos que él— y comenzaba a leer.

\* "Man reading". Imagen extraída de Clip Art ETC.

Un silencio cabal se hacía en el aula y, a veces, estallaba en una carcajada o en una exclamación de asombro, porque los breves fragmentos que nos regalaba —la lectura debe haber sido cada vez de no más de seis o siete minutos— nos conmovían, nos divertían, nos abrían los ojos hacia posibilidades que no habíamos imaginado.

Godínez era un buen deportista, temible en la cancha porque tenía la obsesión de ganar. Pero en lugar del *Esto* nos reveló la existencia de Rubén Darío, de Horacio Quiroga, de Ramón López Velarde, de Mariano Azuela, de otros autores que nunca nombró pero cuyas palabras sirvieron para concentrar la atención del grupo y para hacernos evocar otras formas de la realidad, para ponernos en contacto con otras maneras de estructurar el lenguaje, para hacernos ver que las palabras de todos los días podían vestirse de gala y de misterio.

Este señor, que sí lo era, nos hizo frecuentar textos literarios clase tras clase, hasta formarnos la necesidad de que geografía comenzara con unos versos, con una reflexión, con una historia. Nos enseñó que la lectura y la literatura no eran coto de sus colegas, los maestros de literatura o de español, sino un patrimonio de todos y un alimento, un ejercicio que no podía faltar un solo día. Muchas veces he creído, y ahora lo repito, que la mejor manera de comenzar un día de clases, en cualquier nivel educativo, en cualquier disciplina, es ver al maestro o a la maestra, de pie ante el grupo, con un libro que no sea de texto en las manos; un libro que no persiga otro fin que el gozo de la lectura, para leer unos pocos minutos. Sólo los necesarios para compartir esos secretos de la lectura que constituyen su esencia y a los cuales nadie puede llegar si no es al través de la experiencia, del ejercicio, de la frecuentación de la lectura misma.<sup>ii</sup>

Adaptado por Currículum en Línea, Ministerio de Educación de Chile. Publicado en su versión original por Fundación Había una vez. El texto completo puede descargarse del link

<http://www.habiaunavezlibros.cl/PDF/elbuenlectorsehacenonace.pdf>

---

#### Referencias:

<sup>i</sup> 25 de febrero de 1997. Tierra Adentro, Consejo Nacional para la cultura y las artes, Coordinación nacional de descentralización, México, núm 85, abril-mayo de 1997.

<sup>ii</sup> Si los padres leyeran a sus hijos quince minutos cada día; si los maestros leyeran a sus alumnos quince minutos cada día-no para estudiar, sino por gusto, por divertirse- si lográramos fundar muchos rincones infantiles y talleres de lectura cultural, educativa y social de nuestra historia". Felipe Garrido, *Cómo leer (mejor) en voz alta. Una guía para contagiar la afición a leer*, 2° ed, Fundación mexicana para el fomento de la lectura, México, 1996.